

---

---

JOSEP  
FONTANA

—

De en medio  
del tiempo

—

LA SEGUNDA  
RESTAURACIÓN  
ESPAÑOLA  
1823-1834

---

---

CRÍTICA

JOSEP FONTANA

DE EN MEDIO  
DEL TIEMPO

LA SEGUNDA RESTAURACIÓN  
ESPAÑOLA, 1823-1834

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición en tapa dura: septiembre de 2006  
Primera edición en esta nueva presentación: mayo de 2019

*De en medio del tiempo. La segunda restauración española, 1823-1834*  
Josep Fontana

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Josep Fontana Lázaro, 2006

© Editorial Planeta S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)  
[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-9199-103-8  
Depósito legal: B. 9478 - 2019  
2019. Impreso y encuadernado en España

# ÍNDICE

Introducción.....	9
Capítulo 1 LOS FANTASMAS DE VERONA .....	11
Capítulo 2 LA INVASIÓN .....	37
Capítulo 3 EL RESTABLECIMIENTO DEL ABSOLUTISMO.....	67
Capítulo 4 VIOLENCIA Y REPRESIÓN .....	85
Capítulo 5 LOS APOSTÓLICOS .....	101
Capítulo 6 LA FRACTURA .....	125
Capítulo 7 LAS DIFICULTADES DE LA MODERACIÓN.....	141
Capítulo 8 LA CRISIS DEL VERANO DE 1824 .....	157

Capítulo 9	
UN GOBIERNO ACOSADO .....	175
Capítulo 10	
EL TIEMPO DETENIDO.....	197
Capítulo 11	
LA GRAN REVUELTA.....	217
Capítulo 12	
TIEMPOS DIFÍCILES .....	241
Capítulo 13	
LAS REVOLUCIONES EUROPEAS DE 1830 .....	265
Capítulo 14	
LA CRISIS DEL PROYECTO REFORMISTA .....	295
Capítulo 15	
EL FIN DEL REINADO .....	313
Capítulo 16	
EL FIN DEL SISTEMA .....	341
Conclusión	
HACIA EL NUEVO RÉGIMEN .....	365
<i>Notas</i> .....	371
<i>Fuentes y Bibliografía</i> .....	485
<i>Índice alfabético</i> .....	545

## Capítulo 1

### LOS FANTASMAS DE VERONA

Están perdidos. No saben ni en qué lugar están ni en qué tiempo. Viven fuera del mundo y del siglo. Llevan su propia atmósfera con ellos a todas partes, no se les puede abrir los ojos, ni siquiera intentarlo.<sup>1</sup>

Palabras del general Marmont, el 26 de julio de 1830  
COMTESSE DE BOIGNE, *Mémoires*, III, p. 320.

En el otoño de 1822 se reunió en la ciudad italiana de Verona el último de los congresos de la Santa Alianza. «A los príncipes de Europa les había dado por los congresos: se divertían en ellos y se repartían algunos países», escribió Chateaubriand, a quien le encantaba decir algo ingenioso, fuese o no verdad. Porque lo que llevaba a los príncipes a reunirse era el miedo a la revolución y la esperanza de que, uniendo sus esfuerzos, podían detenerla.

Después de la conmoción de los años de la Revolución francesa y de las guerras napoleónicas, los gobernantes europeos se habían puesto de acuerdo para «restaurar» el orden social establecido, lo que no significaba volver a la situación de antes de 1789. En 1815, después de veinticinco años de tantos cambios, no se podían volver las cosas al estado que tenían anteriormente. Algunos grupos sociales habían visto satisfechas viejas reivindicaciones —campesinos liberados de lo más duro de las cargas feudales, burgueses que habían conseguido la igualdad ante la ley— y no habrían renunciado a sus conquistas sin resistencias. Si se quería crear un orden estable, había que convencerles de que las mejoras

que les había ofrecido la revolución se podían obtener también por medio de reformas pactadas con los viejos grupos dominantes, de las cuales los soberanos «legítimos» —la de «legitimidad» es una palabra clave en la teoría de la restauración— serían árbitros y garantes. Toda la historia de Europa entre 1814 y 1848 está dominada por el difícil proceso de establecer este pacto social.

Nadie lo supo ver con más claridad que Friedrich Gentz, el escritor y político conservador, nacido en Silesia en 1764, que fue hombre de confianza de Metternich y secretario general del congreso de Viena —«secretario de Europa», según diría Golo Mann—, que el 22 de noviembre de 1815 escribía al conde Nesselrode, ministro de Asuntos exteriores de Rusia:

«Quienes en 1814 creyeron que se podía restablecer el antiguo régimen puro y simple han hecho tanto daño a Francia como Robespierre y Bonaparte. La naturaleza de las cosas es más poderosa que los hombres. La revolución francesa debe completar su ciclo entero, como la de Inglaterra en el siglo XVII. El período revolucionario ha sido igual de largo pero mucho más terrible y mucho más radical que el de la revolución de 1635 a 1660. La restauración absoluta no se consolidará, como no lo hizo la que se intentó en Inglaterra. Un desenlace parecido al de 1688 es lo único que puede poner fin razonablemente, y por completo, a la revolución de nuestros días. El poder absoluto, una vez ha sido derribado, no volverá a levantarse nunca más». <sup>2</sup>

Pero dentro de este esquema general de la restauración las respuestas concretas fueron muy diferentes en cada país, de acuerdo con sus circunstancias peculiares. En Prusia el proceso de «revolución desde arriba», iniciado muy pronto por Stein y Hardenberg, consiguió preservar la riqueza y el poder de la aristocracia, a la vez que creaba las condiciones «modernizadoras» que harían posible la industrialización.

En Francia, Luis XVIII otorgó una «carta» de derechos, aceptó del Imperio tanto las deudas como la nobleza, facilitó el ennoblecimiento de la burguesía enriquecida, mantuvo la igualdad ante la ley y ni siquiera se atrevió a plantear la restitución de los bienes que habían sido vendidos por la revolución (los de la Iglesia totalmente, los de los nobles sólo en parte). A pesar de la conmoción creada por el retorno de Napoleón durante los «cien días», que dio pie a una auténtica guerra social y al «terror blanco», estas concesiones iniciales se mantuvieron. <sup>3</sup>

En Gran Bretaña el proceso se había completado mucho antes, en el siglo XVII, de modo que pudo resistir las conmociones sociales del perío-

do revolucionario de 1789 a 1814 sin muchos riesgos y con pocos cambios. La nobleza conservó su predominio político, económico y social durante la mayor parte del siglo XIX, asociada a una burguesía financiera y de los grandes negocios que aspiraba a compartir su estilo de vida.

Los mayores problemas se dieron en países como España, donde los gobernantes intentaron una restauración radical y absoluta. En un vano intento de hacer retroceder el tiempo, Fernando VII ordenaba en 1814 que se hiciera desaparecer todo lo que se había hecho desde 1808, «como si no hubieran pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo».<sup>4</sup>

Los soberanos de las grandes potencias europeas, que desde el congreso de Viena se habían erigido en guardianes del orden internacional, sabían que era imposible retroceder a los buenos tiempos del pasado, pero querían evitar nuevos cambios y resolver los problemas con un mínimo de concesiones. Esto era lo que llevaba a Verona a un gran número de participantes.

De los cinco soberanos de las grandes potencias acudieron tres: el rey de Prusia, el emperador de Austria y el zar de Rusia, Alejandro I, que sería el único de ellos que interviniese directamente en los debates. Había, además, una serie de reyezuelos italianos, satélites austriacos dedicados a una campaña feroz de represión contra los «revolucionarios», como Francisco IV de Módena, que acudía al congreso después de haber mandado decapitar a un joven cura carbonario. Otros tenían sus estados todavía ocupados por tropas austriacas que les habían «liberado» de los revolucionarios, como Carlo Felice de Cerdeña y del Piamonte, o como el viejo rey Fernando de las Dos Sicilias, que pasaba ya de los setenta años, a quien Chateaubriand nos dice haber encontrado paseando en silencio, acompañado «de dos jóvenes capuchinos de barba negra, con las manos metidas en las mangas». Pero que no sólo acudía a Verona con sus frailes, sino también con la duquesa de Florida, con quien se había casado en secreto en 1814: una mujer que tenía unos veinte años menos que él, mucha experiencia de los hombres y siete hijos de un matrimonio anterior.

También acudió la duquesa de Parma, María Luisa, que hacía poco menos de un año que era viuda de Napoleón, pero que le había olvidado mucho antes en brazos de un general tuerto, Neipperg, de quien tenía dos hijos y estaba embarazada de un tercero, cuando se enteró, por los periódicos, de la muerte de su marido. Escribió entonces a una amiga a la que confesaba que, aunque nunca había amado a Napoleón, había sentido su muerte ya que, al fin y al cabo, era el padre de su hijo —un hijo que procuraba



mantener alejado—, y añadía: «Por aquí hay muchos mosquitos. Me han picado de tal modo que estoy hecha un horror. Suerte que nadie me ve».

Acompañando a los soberanos iban sus ministros de Asuntos exteriores, que eran quienes habían de hacer el trabajo, además de embajadores, funcionarios (los franceses solos sumaban más de treinta), y de las esposas respectivas, entre las cuales destacaba, como «reina del congreso», Dorotea Benckendorf, condesa de Lieven, esposa del embajador del imperio ruso en Londres, que había sido amante de Metternich (y parece que de reyes, príncipes y ministros diversos) y que se convirtió años más tarde en la compañera fiel de Guizot. Durante el congreso el salón de la condesa era el lugar en que se reunían cada noche la mayor parte de los ministros. Chateaubriand, molesto porque ni la condesa ni Metternich le hacían caso, hizo un retrato hostil de las reuniones: «Hay cada noche una reunión política en casa de esa malvada criatura, la condesa de Lieven: allí se murmura por los rincones o bien Metternich explica en voz alta la forma de hacer macarrones».

Alrededor de los diplomáticos se movían representantes de los intereses más diversos: a los enviados de los griegos, que estaban luchando por su libertad, la policía austriaca no les dejó llegar a Verona, mientras que al conde de España, enviado por los absolutistas españoles de la llamada «regencia de Urgel», nadie le hizo caso. Había, además, intrigantes que iban a hacer negocios, como el banquero Ouvrard —que promovía un empréstito imposible en nombre de esa regencia de Urgel que no tenía el reconocimiento de ningún gobierno—, un par de los Rothschild que acababan de ser ennoblecidos con el título de barón (y que ayudarían a Metternich a pagar sus gastos como anfitrión de la «alta sociedad» europea), además de periodistas y de los músicos (con Rossini a la cabeza, para dirigir sus óperas), los cantantes y los comediantes que se necesitaban para el conjunto de óperas, fiestas y celebraciones que había preparado Metternich, acostumbrado ya a organizar tal tipo de festejos.<sup>5</sup>

La motivación esencial de esta reunión era el temor de los dirigentes de la Europa de la Restauración, que estaban convencidos de que se enfrentaban a la amenaza de una especie de Internacional de la revolución, organizada por las sociedades secretas, y creían que era necesario responder a ella con una Internacional de la contrarrevolución, que es lo que pretendía ser la Santa Alianza. En una circular publicada en el congreso de Laybach, el 12 de mayo de 1821, se hablaba de «esa amplia conjura tramada desde hace mucho tiempo contra todos los poderes establecidos y contra todos los derechos consagrados», y se formulaba de este modo el

principio supremo de la Alianza, que se calificaba como una «verdad eterna»: «Los cambios útiles o necesarios en la legislación y la administración de los estados no deben emanar más que de la libre voluntad, del impulso meditado e ilustrado de aquellos a quienes Dios ha hecho responsables del poder».

¿Existía esa conjura universal que denunciaban? Existían, evidentemente, sociedades secretas de carácter diverso, desde revolucionarias a ultraconservadoras, pero las conexiones a escala internacional entre las revolucionarias eran más bien laxas. Se hablaba de dos centros —el «Comité director» de París y el «Gran Firmamento» de Ginebra—, pero no consta que ninguno de los dos tuviese capacidad efectiva de coordinación. Lo que más se aproximaba a la imagen de la conspiración mundial eran los carbonarios, que tomaron carácter político en Italia. Filippo Buonarrotti los había organizado en tres círculos: la mayor parte de los militantes permanecían en el más bajo, «la iglesia», que era el único que llegaban a conocer, con un programa que no iba más allá de la reivindicación del sufragio universal y de algunas instituciones representativas; el programa del segundo círculo, «el sínodo», era democrático y republicano; y quedaba todavía el más elevado y oculto, «el areópago», cuyos miembros eran los únicos que conocían el credo secreto que recogía las ideas del comunismo de Babeuf. Parece que los dirigentes de la Santa Alianza tenían noticia de este programa y que pudo haber sido esto lo que inspiró el mito de la conspiración universal. En la práctica, no obstante, el carbonarismo actuaba sin dirección centralizada y era incapaz de coordinar los esfuerzos del campo revolucionario. En cada lugar aparecía con unos contenidos diferentes, que respondían a los condicionamientos políticos y sociales de su entorno, y ni siquiera a escala de un solo país se puede decir que fuera una fuerza unificada.<sup>6</sup>

La visión conspirativa de la política tenía una ventaja para los gobernantes que explica que acabaran interiorizándola: les permitía cerrar los ojos ante unos problemas económicos y sociales que no eran capaces de resolver, con el fin de sostener que la causa del malestar popular no eran esos problemas sino el uso malévolo que las sectas hacían de ellos, lo cual reducía las medidas que había que aplicar a las de la pura y simple represión.

Se comprende así que la revolución española de 1820, que pareció actuar como detonador de una serie de movimientos insurreccionales en otros países, les asustase, con la misma lógica que la hacía aparecer como una esperanza a los que deseaban un cambio social, como Shelley, que pensó en irse a vivir a España en estos años. En mayo de 1820, el minis-

tro de Asuntos exteriores británico, lord Castlereagh, escribía a las cortes de la Santa Alianza: «Los acontecimientos de España, a medida que se han ido desarrollando, han despertado, como era de esperar, la mayor inquietud por toda Europa». Metternich, por su parte, aseguraba que la revolución española era peor que la francesa de 1789, ya que aquélla había sido meramente local, mientras que la española era «europea». Se habían despertado de nuevo los fantasmas que atormentaban a esos hombres: los miedos irracionales que les impedían ver la realidad de su entorno.<sup>7</sup>

Una realidad en la que existían problemas que no habían inventado los revolucionarios, sino que, muy al contrario, eran los que explicaban que hubiese revolucionarios. En la mayor parte del continente, en medio de unas condiciones económicas deterioradas por los largos años de las guerras contra la Francia revolucionaria y contra Napoleón, se estaban experimentando los efectos de una gravísima crisis agraria que en menos de diez años hizo descender a la mitad los precios de los granos, mientras en la industria se dejaban sentir los efectos de una recesión agravada, en lo que se refiere a la suerte de los trabajadores, por el hecho de que las mejoras tecnológicas que se habían introducido en tiempos en que había que suplir los hombres que iban a la guerra, dejaban ahora sin trabajo a los soldados y marineros desmovilizados. En 1824 Richmond señalaba que mientras los avances de la técnica habían hecho multiplicar por diez «el capital y los medios de producir todos los lujos de la vida» en Inglaterra, era dudoso que el bienestar y la felicidad de la mayor parte de la población hubiesen mejorado. Esta situación económica engendraba un clima de inquietud social que dio lugar a conmociones de la más diversa naturaleza: en el período entre 1815 y 1823 se produjo en Europa «una epidemia de conspiraciones» que culminó en las revoluciones de 1820-1822.

A los gobernantes de la restauración, que no entendían o no querían entender esos factores objetivos de malestar, sólo les preocupaba que esas chispas de revuelta no volvieran a reavivar la hoguera mal apagada de la revolución, y creían que todo se podía resolver con la represión. Estaban obsesionados por el «contagio revolucionario» venido de fuera, sin querer entender que la inestabilidad nacía de los problemas que tenían dentro, nacidos en buena medida de sus propias indecisiones.<sup>8</sup>

En Francia, por ejemplo, el sistema que había implantado Luis XVIII, con una carta constitucional otorgada, un parlamentarismo limitado (entre doce y quince mil electores) y una libertad de expresión controlada por la censura, tuvo unos primeros resultados muy prometedores, con el

predominio ultra de la llamada «cámara inhallable», pero el malestar causado por la crisis económica, agravada por las pérdidas de las cosechas de los años 1816 y 1817, se reflejó en las elecciones, a pesar de su escasa representatividad. Desde 1817 las sucesivas votaciones anuales, en las que se renovaba una quinta parte de los representantes, dieron victorias cada vez más claras a la izquierda que, de sacar un 10 por 100 de los votos en 1816, pasó a obtener un 20, un 53 y, finalmente, un 70 por 100 en los años siguientes. Aunque el centro y la derecha siguiesen manteniendo la mayoría de la cámara —las proporciones mencionadas se refieren tan sólo a la quinta parte que se renovaba cada año—, la elección de 1819 consiguió asustarles. Los «pares», los aristócratas que integraban la cámara alta, reclamaban una nueva ley electoral que frenase el avance de la izquierda, mientras en la prensa ultra Chateaubriand anunciaba un futuro sombrío: «Cuando la ley de elecciones haya producido una cámara totalmente democrática [...], cuando el sistema ministerial haya ahuyentado a todos los oficiales realistas y a todos los administradores realistas, se podrá hacer una revolución con una simple proclama. [...] Que los ministros sigan alegrándose. [...] La revolución les está preparando los patíbulos».<sup>9</sup>

También en Gran Bretaña serían estos unos años de inestabilidad social. Entre 1811 y 1822 se experimentaron una serie de conmociones de la más diversa naturaleza: asaltos luditas contra las máquinas, revuelta de Spa Fields, levantamiento de Pentrich, alborotos suscitados por el hambre, revueltas campesinas en East-Anglia, la matanza de «Peterloo»... Había suficientes causas de malestar, en especial las derivadas de la crisis agraria y de la desocupación, para explicar estos acontecimientos y era irracional interpretarlos en términos de revolución —la prueba es que de 1822 a 1827 se volvió a vivir una etapa de estabilidad política—. Pero lo que contaba no era su potencial revolucionario real, sino lo que pensaban los contemporáneos, que los veían como el signo anunciador de un gran cambio, lo que explica cómo reaccionaron ante ellos: de 1816 a 1820 las ejecuciones llegaron a un máximo, con más de cien ahorcados por año.

Que una revolución fuera inminente lo creían tanto los que la querían como los que se oponían a ella. Byron, que en 1812 había hecho su primer discurso en la cámara de los lores para defender a los destructores de máquinas, culpables del «crimen capital de pobreza», escribió en 1816 una *Canción para los luditas* en la que éstos decían que cuando «cambiasen la lanzadora por la espada», usarían la tela que estaban tejiendo como mortaja para el tirano, cuya sangre haría renacer el árbol de la li-

bertad: «¡y mueran todos los reyes excepto el rey Ludd!» (que era el nombre que recibía el mítico caudillo de las bandas de destructores de máquinas). Shelley, después de haber contemplado la ejecución de Jeremiah Brandreth —un tejedor sin empleo, cabecilla de los rebeldes de Pentrich, que habían sido engañados por un provocador a sueldo de la policía— escribió, en 1819, una nueva letra para el himno nacional inglés, dedicada a la libertad, y una *Canción a los hombres de Inglaterra*, en que denunciaba la explotación de que eran objeto y les incitaba a la rebelión:

*La semilla que sembráis, otro la recoge;  
la riqueza que encontráis, otro se la queda;  
las ropas que tejéis, otro las viste,  
las armas que forjáis, otro las empuña.*<sup>10</sup>

Los miembros de las clases dominantes creían hallarse ante un peligro inminente de subversión social. Siempre había habido alborotos y revueltas, pensaban, pero mientras en el pasado todo se reducía a protestas locales y aisladas, ahora, por culpa de la Revolución francesa, que había politizado al común de la gente, existía el peligro de que cualquier incidente que no fuera cortado con firmeza pudiera conducir a una guerra de clases. Esto nos puede ayudar a entender un acontecimiento en apariencia tan irracional como la carga de los burgueses de Manchester sobre la multitud de «Peterloo»: un caluroso día de agosto de 1819 se reunió en St. Peter's Fields, en las afueras de Manchester, una multitud de unas sesenta mil personas que iban a escuchar un mitin a favor de la reforma electoral. Poco después de comenzar el acto, la caballería voluntaria de Manchester —un cuerpo auxiliar de civiles reaccionarios— atropelló a la multitud indefensa a golpes de sable y causó quince muertos y cerca de quinientos heridos. Si se toleraban reuniones como esa, decía un miembro de las clases dirigentes, «eso sería el fin de la ley y el gobierno existentes y habría que dejar libre a la población de este país para organizar un nuevo orden de sociedad a través de las mismas prácticas sanguinarias vistas en la Revolución francesa».<sup>11</sup>

En otros países europeos podríamos encontrar situaciones parecidas. En Austria, el emperador Francisco I —que sólo quería «lo que era puramente monárquico y puramente católico»— creó una fuerza de policía que registraba, detenía, espiaba las conversaciones de la gente por la calle, controlaba la correspondencia en las «estaciones de intercepción» y

prohibía la representación de *El rey Lear* porque mostraba un rey en desgracia. La política represiva de los austriacos tenía, además, una vertiente internacional ya que Metternich extendía sus preocupaciones a Italia y a Alemania. En Italia colaboraba con las policías locales, incluyendo la que en 1816 había creado el Papa con la intención de vigilar las vidas y las costumbres de los ciudadanos y, sobre todo, de impedirles hacer política, una actividad prohibida en los estados pontificios. En Alemania consiguió que la Dieta federal aprobara, el 23 de septiembre de 1819, los «Decretos de Carlsbad» que sometían a investigación las universidades, los profesores y las asociaciones de estudiantes —que eran el principal objeto de sus temores, sobre todo después de que, en marzo de 1819, el estudiante Carl Sand apuñalase a Kotzebue, dramaturgo alemán, funcionario ruso y personaje despreciable—, y establecían severas normas de censura para libros y periódicos.<sup>12</sup>

En Rusia, el zar Alejandro I se hallaba en un momento de crisis. Había nacido en 1777 y su abuela Catalina la Grande le sacó de la tutela de sus padres para educarle como un soberano modelo, escogiendo como su principal tutor a Friedrich Caesar La Harpe, un suizo demócrata y republicano, primo de Marat, que le influyó fuertemente con una educación llena de exigencias morales que acabarían atormentándole. Mientras tanto, su padre jugaba a hacer de soldado, hasta que al subir al trono como Pablo I, en 1796, se pudo ver que era incapaz y que mostraba síntomas de locura. Un grupo de conspiradores acabó obteniendo el consentimiento de Alejandro para derrocarlo, con el compromiso de respetar su vida. Pero el resultado fue que los conspiradores acabaron estrangulando a Pablo I, lo que parece haber afectado seriamente a Alejandro, que comenzó a reinar a los veintitrés años agobiado por el peso de muchas contradicciones: el hecho de ser un autócrata educado por un republicano, su involuntaria complicidad en la muerte del padre, además de aspectos sexuales confusos, tal vez incestuosos.

Este hombre que fue simultáneamente liberal y déspota, ilustrado y místico —«sostenía puntos de vista contradictorios con la misma convicción», se ha dicho— no vaciló inicialmente en dar responsabilidades de gobierno a masones como Speransky —el mismo zar se inició en la masonería— o a «republicanos» como Capodistrias. Pensando en dar una constitución moderada a su país, hizo una experiencia preliminar en Polonia, donde inauguró personalmente el parlamento en 1818 con un discurso lleno de promesas para el futuro. Pero poco después cayó bajo la influencia mística de la baronesa Krüdener, que le inspiró la retórica evan-

gética de la Santa Alianza, una especie de asociación místico-represiva de los soberanos europeos.

Estas contradicciones responden al carácter del personaje, pero son, por otra parte, propias de las incertidumbres políticas de la restauración, cuyos dirigentes se movían entre una débil voluntad de reforma y un miedo irracional al cambio. En estos momentos, cuando emprendía el viaje a Verona, Alejandro tenía cuarenta y cinco años, había dejado de ser el héroe admirado en París y Viena en 1814 —donde había bailado y hecho el amor hasta la extenuación— y se le veía triste y solitario, tal vez enfermo, atormentado por sus preocupaciones místicas y por el recuerdo de la noche de marzo de 1801 en que había muerto su padre. Estaba iniciando el descenso que duraría hasta su dramática muerte, tres años más tarde.<sup>13</sup>

En los dos años anteriores a la reunión de Verona, la revolución española de 1820 parecía haber dado nuevas dimensiones a la amenaza internacional que estos hombres temían. Mientras Riego, sublevado en Cabezas de San Juan, marchaba con sus hombres por los caminos de Andalucía, la noche del 13 de febrero de 1820 fue asesinado en París el duque de Berry, sobrino de Luis XVIII y tercero en el orden de sucesión a la corona. El duque y su esposa habían ido a la ópera y, al sentirse cansada la duquesa —estaba encinta y había bailado mucho el día anterior—, Berry la acompañó para que tomase la carroza que había de llevarla a palacio. El duque quería quedarse en el teatro esperando a que su amante, la bailarina Virginia Oreille, le hiciese un signo desde el escenario que significaría que se iban a ver más tarde. Eran las once de una noche húmeda y fría; en el momento en que el duque se disponía a volver al teatro, un hombre se precipitó sobre él, pasando por en medio de los dos ayudantes y los dos centinelas que le acompañaban, y le clavó un puñal. Se instaló al herido en el mismo teatro, en un salón donde acostumbra a recibir a sus amiguitas, mientras en la sala se interpretaba todavía el segundo acto de *Las bodas de Camacho*. Los médicos torturaron al moribundo con toda clase de intentos —le abrían la herida, le sangraban (mientras se estaba desangrando por el pecho a consecuencia de la cuchillada), le daban baños calientes en los pies...— y el obispo de Chartres acudía a confesarlo (el duque, que le odiaba, murmuró: «Es una prueba que Dios me envía»). En medio de esa agonía-espectáculo que duró siete horas, con toda la familia alrededor, el moribundo revelaba a su es-

posa que tenía dos hijas ilegítimas que vivían cerca de allí, y la princesa, sorprendida por el descubrimiento, las hizo venir acto seguido para que se agregaran a la ceremonia.

Ella había tenido de Amy Brown, una inglesa que conoció en Londres hacia 1807 y a la que se unió en secreto. Casado de nuevo en 1816, esta vez públicamente, con María Carolina de Nápoles, instaló a Amy en París e iba a visitarla casi cada día. Berry tuvo —además de su hijo legítimo, el duque de Burdeos, que nacería póstumamente el 29 de septiembre de 1823, y que sería el presunto heredero de la corona— otros hijos ilegítimos de sus amantes. Se dice que poco después de la muerte de su marido la duquesa recibió la visita de una veintena de mujeres de Nantes que aseguraban estar embarazadas del duque. La princesa se sorprendió por el número de las reclamantes y preguntó cuánto tiempo había pasado su esposo en Nantes; al saber que había estado allí una semana habría contestado: «Entonces la cosa es muy posible».

A las cinco de la mañana, mientras el frío aumentaba, el rey Luis XVIII se sumó a los que acompañaban al moribundo. Hacia las seis el espejo de la tabaquera del rey no se empañó con el aliento del duque: había expirado. En sus memorias la condesa de Boigne dirá: «Tal como era, su muerte no significaba una pérdida, ni para su hijo, ni para su familia, ni para su país».

El asesino era Louis Pierre Louvel, nacido en 1783, quien, habiendo quedado huérfano, fue criado en la Institución de los hijos de la patria y aprendió a leer con la Declaración de los derechos del hombre. Partidario de Napoleón, se unió a él en la isla de Elba y le siguió hasta Waterloo. Desde julio de 1815 había tomado un empleo en los establos reales con el propósito de acabar con los Borbones, matando al príncipe que podía darles un heredero directo. Aunque en el juicio declaró que actuaba solo y que lo había hecho por convicciones revolucionarias, se detuvo a 1.200 personas antes de guillotinarlo el 8 de junio. Pero la víctima principal del crimen fue el propio gobierno y, en especial, Decazes, el ministro a quien Luis XVIII amaba como a un hijo, y que era odiado a muerte por los ultras a causa de su moderación (el rey había dicho en alguna ocasión que si los ultras tuviesen plena libertad, acabarían depurándole incluso a él). Un diputado acusó a Decazes de ser cómplice del atentado por haber «favorecido» la difusión de las doctrinas «que han puesto el puñal en la mano de Louvel» y Chateaubriand publicó un artículo en que decía: «La mano que ha dado el golpe no es la más culpable. Los que han asesinado al duque de Berry son los que, desde hace cuatro años, establecen leyes democráticas en la monarquía».



Cayó el gobierno, y las medidas preparadas para frenar el desplazamiento del voto hacia la izquierda se precipitaron. Se dio un «pequeño golpe de estado» ultra, la pieza esencial del cual era la llamada ley del «doble voto», que añadía 172 nuevos escaños de diputado que sólo serían votados por los electores más ricos; éstos votarían normalmente en la elección general y, una semana más tarde, volverían a votar, ellos solos, en una segunda vuelta. La nueva ley, y las medidas para estimular el voto rural conservador, permitieron a las derechas recuperar una sólida mayoría. Para controlar la prensa, las leyes de marzo de 1822 crearon el delito de «tendencia», que permitía castigar, e incluso suprimir, un periódico por la «tendencia general» de sus ideas, sin necesidad de aducir delitos concretos.<sup>14</sup>

El miedo al contagio revolucionario español pareció justificarse muy pronto. En julio de 1820 se produjo una revolución en Nápoles: empezó la noche del 1 al 2 de julio, iniciada en Nola por una treintena de carbonarios y por un centenar de oficiales y soldados que recorrían los caminos al son de la música, gritando vivas a la constitución y a la libertad. La insurrección de otros regimientos, al frente de la cual se puso Guglielmo Pepe, decidió al rey a prometer una constitución, que los sublevados exigieron que fuese la española de 1812. Pero a pesar de las apariencias, el movimiento napolitano, que estaba preparado desde mucho antes, no tenía nada que ver con el de España. Los napolitanos habían escogido la constitución española provisionalmente, hasta que redactasen una propia, porque de todas las que conocían —se había traducido y publicado en Messina en 1813 y en Milán en 1814—, era la más adecuada a sus necesidades y porque insistía en el carácter católico del nuevo orden político, lo que la hacía aceptable para los campesinos que años antes se habían opuesto a los revolucionarios en defensa de la religión.<sup>15</sup>

Pocas semanas más tarde, en agosto de este mismo año, estallaba una revolución en Oporto y los portugueses adoptaban las reglas electorales españolas de 1812 para la convocatoria de sus cortes constituyentes. El 17 de octubre se amotinaba en San Petersburgo una compañía del regimiento de la guardia imperial. Hacia febrero y marzo de 1821 hubo insurrecciones de los griegos en los territorios europeos de Turquía y el mismo mes de marzo se produjo un levantamiento en Piamonte, que provocó la abdicación del rey Víctor Manuel, mientras un miembro de su familia, Carlo Alberto, príncipe de Carignano, era nombrado regente y juraba la constitución española. Carlo Alberto era hijo de una princesa que se decía que había bailado alrededor del árbol de la libertad con el pe-

queño príncipe en brazos. Educado en la corte de Napoleón, con sueños de un gran destino personal, se dejaba querer por los jóvenes liberales, sin compartir sus ideas, y jugó de manera equívoca en todo el proceso revolucionario.<sup>16</sup>

En Francia, las medidas electorales restrictivas que habían asegurado al régimen su estabilidad parlamentaria motivaron, por contra, que los liberales, a quienes se negaba la esperanza de acceder al poder por la vía de las elecciones, se lanzasen a la oposición abierta. En las universidades francesas la agitación contra las medidas ultras dio lugar a enfrentamientos que costaron la vida al estudiante Nicolas Lallemand (en cuya memoria se levantó en el cementerio un monumento pagado por suscripción popular) y contribuyeron a consolidar la politización de la juventud burguesa. Los alborotos se extendieron después a los barrios obreros de París, movilizados por las difíciles condiciones económicas que les afectaban. A la vez, se descubría una serie de conspiraciones protagonizadas por militares carbonarios: intentos de levantamiento en Saumur, Colmar y Belfort, detención de los cuatro sargentos de La Rochelle, que murieron sin revelar quiénes eran sus jefes y se convirtieron en mártires de la libertad. Algunos de estos alzamientos se produjeron como consecuencia de la actuación de provocadores de la policía a sueldo de los ultras, que querían, por una parte, encarcelar o matar a los militares sospechosos y, por otra, asustar al rey. En el caso de Colmar, por ejemplo, el teniente coronel Caron, que acabó ejecutado, se embarcó en una conjura cuyos miembros eran sobre todo agentes secretos, incitado por un provocador de la policía, Duclos, que recibió una gratificación de 6.000 francos por el trabajo realizado.<sup>17</sup>

Aumentaba con todo esto el terror que sentían los gobernantes franceses por la «revolución española», de modo que a fines de 1821, con el pretexto de la epidemia que se había declarado en Barcelona, establecieron un «cordón sanitario» militar en la frontera, que más adelante se transformó en «cuerpo de observación», cuya finalidad real era evitar el «contagio revolucionario» —el otro no lo pudieron evitar, ya que la fiebre amarilla se propagó a Marsella, llevada desde Málaga por un brick danés.<sup>18</sup>

En Inglaterra, por los mismos días en que murió el duque de Berry, los conspiradores de Cato Street, infiltrados por la policía, habían proyectado asesinar a los ministros del gobierno británico mientras comían, después de lo cual pensaban tomar la Torre de Londres y el Banco de Inglaterra, incendiar cuarteles y edificios públicos y proclamar un gobierno revolucionario. Lo cual no era poco para un grupo de treinta per-

sonas que no tenían ninguna conexión fuera de su círculo, y que confiaban en que su acción bastaría para desencadenar una reacción espontánea en el resto del país. El primero de mayo de 1820 se ahorcó y decapitó a los cinco dirigentes ante una multitud de cien mil personas.<sup>19</sup>

Todo esto ocurría en momentos de descrédito para la monarquía británica. El nuevo rey, Jorge IV, era muy impopular, en especial como consecuencia del proceso abierto contra su esposa, Carolina, a la que acusó de adulterio con el fin de obtener el divorcio e impedir que reinara. Jorge había sido un joven inteligente, robusto y atractivo, hasta que se habituó al consumo de láudano, un derivado del opio que empezó a usar para combatir el dolor que le produjo un accidente de baile. Se recuperó de este trance y de una crisis de angustia por las responsabilidades políticas derivadas de la locura intermitente de su padre, pero siguió consumiendo láudano y desde su acceso al trono en 1820 combinó sus efectos con los del alcohol y los de la glotonería.

En 1785, cuando era todavía príncipe de Gales, se había unido en secreto, en una ceremonia privada sin valor legal, con María Fitzherbert, viuda por dos veces, seis años mayor que él y católica (la ley negaba el derecho a reinar a cualquiera que «se casara con una papista»). Cuando, diez años más tarde, se vio obligado a casarse con una princesa alemana, Carolina de Brunswick, para pagar sus enormes deudas, Jorge —que además de su relación «regular» con la Sra. Fitzherbert, tenía una larga lista de amantes, algunas de ellas con edad suficiente para ser sus abuelas— pasó la noche de bodas ebrio y apenas convivió con su esposa oficial. Sentía repulsión física hacia Carolina, que llevaba su falta de aseo a extremos ofensivos para el olfato, pero no podía deshacerse de ella porque necesitaba la aprobación del rey y de los comunes para hacer frente a sus deudas. Tal vez Carolina acabó solazándose con alguno de sus sirvientes —los austriacos proporcionaron informaciones reveladoras sobre el tema, sacadas de las cartas que interceptaban—, pero «el marido de la señora Fitzherbert», como le llamaba Carolina, no tenía autoridad moral para reprochárselo.

Aquel juicio escandaloso, en el que se divulgaron todo tipo de chismorreos de criados sobre la conducta de la princesa, sin ahorrarse escenas escabrosas —uno de los puntos más discutidos era si Carolina tenía o no la mano sobre las «partes privadas» de su favorito en el transcurso de un viaje—, fue utilizado por los radicales contra el gobierno. El resultado final, al declarar inocente a la acusada —lo cual era harto inverosímil—, desprestigió a la monarquía y perjudicó más al nuevo rey que a Carolina,

que murió poco más tarde, el 8 de agosto de 1821, venerada por el pueblo inglés como una víctima. Jorge acabó casi ciego, con cataratas en los dos ojos y una gota que le dificultaba coger la pluma, convertido en un sujeto universalmente menospreciado, hasta por sus propios ministros.<sup>20</sup>

En el caso de Alejandro de Rusia fue la insurrección de la guardia imperial en San Petersburgo la que sacó a la superficie todos sus miedos interiores. En una carta que escribió en febrero de 1821 a su ministro y viejo amigo el príncipe Golitsyn le decía que la oleada de revoluciones que estaba conmoviendo Europa era «el resultado de la aplicación de la doctrina de Voltaire, Mirabeau, Condorcet y todos los llamados enciclopedistas». Añadiendo: «No dudes que toda esta gente se reunió en una gran conspiración general subdividida en diversos grupos y sociedades. Tengo ante mí todos los documentos sobre sus actividades y me consta que actúan juntos. Desde el mismo momento en que se convencieron de que no había esperanza de separarnos [...] juraron vengarse en nuestro gobierno».<sup>21</sup>

La verdad es que nada de esto tenía que ver con la revolución española y muy poco con las sociedades secretas. Si analizamos la realidad histórica de cada país, podemos ver que los movimientos insurreccionales de estos años son perfectamente explicables en términos de su propio contexto, sin necesidad de aducir influencias exteriores. Y que hechos como el asesinato del duque de Berry, la conspiración de Cato Street o la sublevación de la guardia rusa (provocada por los malos tratos de sus mandos) eran fenómenos puntuales que sólo el pánico de estos hombres podía relacionar con una amenaza revolucionaria general.

Las potencias de la Santa Alianza se habían reunido en octubre de 1820, sin participación de ingleses ni franceses, en el congreso de Troppau (Opava) —continuado en Laybach (Lubliana), de enero a mayo de 1821— y, a petición del rey de las Dos Sicilias, encomendaron a los austriacos la tarea de aplastar la revolución de Nápoles (febrero-marzo de 1821), donde dejaron un considerable número de tropas además de «ayudar» al monarca guardándole presos políticos en una lejana fortaleza cerca de Brno (que se hizo famosa por el libro de Silvio Pellico *Le mie prigioni*). Pocos días más tarde también el Piamonte «volvía al orden» y su nuevo rey, Carlo Felice, iba a la reunión de Verona con la intención de que se privase a Carlo Alberto del derecho a sucederle en la corona, lo que las potencias de la Alianza no aceptaron, en nombre de su derecho legítimo a la herencia (lo que en realidad les preocupaba era evitar que, a falta de un heredero, la corona pudiese pasar a la casa de Austria). El príncipe de Ca-

rignano decidió, más adelante, reivindicarse y hacer penitencia alistándose en los «cien mil hijos de San Luis» para luchar en España contra los revolucionarios.<sup>22</sup>

Aplastados por los austriacos los movimientos de Italia, quedaba la revolución española como el ejemplo más desafiante, agravado en el verano de 1822 por la aparente radicalización que se produjo como respuesta al fracasado levantamiento contrarrevolucionario de la guardia real. Eso explica que el tema español acabase convirtiéndose en el más importante de los que se iban a discutir en el nuevo congreso de Verona, donde en principio se debía haber tratado sobre todo de la «cuestión de Oriente»: esto es, de los problemas que planteaba el posible enfrentamiento entre Rusia y Turquía con motivo de las insurrecciones de los griegos.

Los problemas del oriente europeo se habían agravado como consecuencia de una serie de insurrecciones de los griegos contra los turcos, iniciadas en 1821 en los Principados danubianos y en el Peloponeso. Los griegos contaban con una amplia simpatía popular en Europa, pero a los políticos, en cambio, no les importaban en absoluto —Canning decía que eran «una partida de rufianes»—. Byron, que murió en 1824 en Missolonghi luchando por la libertad de los griegos, ya les había advertido que no confiaran en los europeos occidentales que «tienen un rey que compra y vende» (*Trust not for freedom to the Franks / They have a king who buys and sells*). Lo que inquietaba a los ingleses era el miedo a que los rusos, que reivindicaban derechos de protección sobre los griegos por motivos religiosos, decidiesen intervenir a favor de los insurrectos y ganaran nuevas posiciones en dirección al Mediterráneo. No podían tolerar este cambio en el equilibrio europeo, y el enfrentamiento que se podría haber derivado de él hubiese acabado con la Santa Alianza.<sup>23</sup>

Eso explica por qué Metternich, preocupado sobre todo por el mantenimiento de la Alianza, decidió entretener en Verona al zar Alejandro con el problema de España, bastante más inocuo. Lord John Russell decía que Austria siempre había vivido dominada por el miedo: primero fue el miedo a Federico de Prusia; después a Napoleón; ahora era el miedo a Rusia: «Su temor principal era que el emperador de Rusia conquistara Turquía; para disuadirle, magnificaron a sus ojos el peligro de insurrecciones militares y le persuadieron para que se ocupase del oeste y no del este».

Pero, en este juego de simulaciones, el engañado era Metternich: Alejandro no quería embarcarse en una aventura militar por causa de los griegos. A pesar de las afinidades religiosas, y aunque tuviese a su servicio hombres de origen helénico, como el ministro Capodistrias —un griego nacido en Corfú, pero que había rechazado las propuestas de ponerse al frente de la asociación secreta Philikí Eteria—, el zar había advertido ya a los griegos en 1818 que sólo estaba dispuesto a ayudarles «sobre la base de tratados». No veía con buenos ojos que se sublevaran contra el sultán que, a fin de cuentas, era su soberano legítimo.

La lectura de los documentos del ministerio ruso de Asuntos extranjeros resulta reveladora. El zar desautorizaba a los sublevados y hacía incluso manifestaciones de simpatía hacia el gobierno turco. El 27 de marzo de 1821, al llegar las primeras noticias de lo que ocurría en Valaquia y Moldavia —donde el movimiento se estrelló a causa del odio de los campesinos locales hacia los griegos «fanariotes», que les habían estado explotando al servicio del sultán contra el cual ahora se sublevaban—, el zar ordenó que no se concediesen pasaportes a los griegos de Odessa para cruzar la frontera. Tres días más tarde, el ministro Nesselrode condenaba públicamente el levantamiento en nombre de la «desaprobación general de todas las tentativas de revuelta contra la autoridad legítima», un argumento parecido al que utilizarían el patriarca de Constantinopla y veintidós obispos para excomulgar a los rebeldes.

La situación se agravó considerablemente cuando se le sumó una nueva revuelta en Morea. El 21 de abril, el enviado ruso a Constantinopla, Stroganoff, escribía a Nesselrode: «La revuelta de Morea [...] ha aumentado la consternación pública y el terror del gobierno. Éste ha prometido víctimas a la plebe en armas y se ve obligado a entregárselas». Aquella Pascua la celebraron los turcos ahorcando al patriarca griego en unión de otros obispos. Nesselrode escribía en julio: «El cadáver de uno de los primeros pastores de la iglesia griega de Oriente se ha convertido en objeto de las profanaciones más indignantes. El símbolo mismo de la fe ha sido arrastrado por el fango; la mayor parte de las iglesias son demolidas y los hattí-sheriffs del sultán anuncian una guerra de religión». Ante lo cual se limitó a expresar su «viva aflicción».<sup>24</sup>

El zar no quería intervenir a favor de los griegos, a los que consideraba revolucionarios merecedores de castigo (una opinión que compartían tanto Castlereagh como Metternich), y el propio Capodistrias los condenaba públicamente: «Hombres culpables han comprometido a la nación griega con el doble designio de excitar la venganza sanguinaria

de los turcos contra ella y de conducir así a Rusia a defenderles y, en consecuencia, a hacer la guerra a la Puerta». Lo que debían hacer era «reunirse en un cuerpo indisoluble y mantenerse constantemente bajo los auspicios de su Iglesia. Existen por ella y por ella combaten y es tan sólo ella la que los puede salvar. No son repúblicas ni gobiernos representativos lo que los griegos quieren fundar».

Más adelante, hacia el otoño de 1824, el zar propuso que se celebrase en San Petersburgo una conferencia internacional sobre el problema griego, en la que pensaba proponer que los turcos conservasen una soberanía nominal sobre Grecia, reconocida con un tributo en dinero, y que el territorio fuese dividido en una serie de pequeños principados autónomos. Al hacerse público el plan, que hubiese creado una zona en perpetuo conflicto y habría dado a Rusia una oportunidad para seguir interviniendo, los dos bandos beligerantes se indignaron, de manera que no llegó a discutirse. En noviembre del mismo año, al producirse una terrible inundación en San Petersburgo, fueron muchos los que la interpretaron como un castigo divino por no haber ayudado a los griegos cristianos contra los turcos.<sup>25</sup>

Alejandro asustó a los dirigentes reunidos en Verona, y en especial a los franceses, al ofrecerse a enviar un ejército de 150.000 hombres que se instalaría en el Piamonte con el fin de ayudar a los franceses, ya fuera en España, o en la propia Francia, en caso de que los jacobinos se atrevieran a sublevarse. Lo cual no agradaba a nadie. Metternich no quería ver tantos rusos en Italia, que consideraba un feudo austriaco, y Villèle, el jefe de gobierno francés, se estremecía sólo de pensar en cien mil rusos atravesando el sur de Francia en dirección a los Pirineos. Si las maniobras organizadas por Metternich habían tenido como primer objetivo distraer al zar de los problemas de oriente con el espantajo de España, ahora se ocuparía de disuadirlo de que interviniese directamente. Lo que Metternich quería, de hecho, no era mucho más que «una demostración moral» sobre el caso de España, porque tampoco confiaba en una acción del ejército francés, al que se suponía inclinado al liberalismo. Chateaubriand diría que Metternich «charlaba sobre la guerra, sin quererla». El jefe de gobierno francés, Villèle, que era el que estaba más preocupado por el caso español, ya que lo tenía en la frontera, se veía ahora más comprometido en su actuación como consecuencia de la necesidad de dejar a los rusos al margen.

Lo que Metternich y Villèle ignoraban era que el zar no tenía ninguna intención de enviar su ejército tan lejos —en la correspondencia diplomática rusa de esos meses no se encuentra ninguna alusión seria al tema—, entre otras razones porque sabía, y su ministro de Hacienda se encargaba de recordárselo a menudo, que sus finanzas no le permitían una aventura semejante. Si hacía estos gestos agresivos era, como le confesaría al rey de Prusia, para forzar a los franceses a actuar.<sup>26</sup>

Al representante inglés en Verona, Wellington, le tocaba en este juego un papel harto difícil. El ministro de asuntos exteriores británico, Castlereagh (de quien Shelley había escrito: «Me encontré el Crimen por el camino, llevaba una máscara como Castlereagh»), que era a quien correspondía asistir al congreso, se había suicidado el 12 de agosto, degollándose con una navaja a consecuencia de la conmoción que le había producido un intento de extorsión por un viejo episodio homosexual, y Wellington se presentaba con las instrucciones que aquél había preparado y que situaban los temas a discutir por este orden de importancia: *a)* la cuestión de Oriente, *b)* España —con respecto a la cual era necesario observar «una total abstención de cualquier interferencia en los asuntos internos de ese país»—, y *c)* los asuntos de Italia.<sup>27</sup>

El problema no era sólo que esas instrucciones se hubiesen escrito sin tener en cuenta los últimos cambios en la situación europea, sino que el nuevo ministro de Asuntos exteriores británico, Canning, no estaba interesado en lo que había que discutir en Verona. La primera comunicación que hizo al gabinete inglés, en noviembre de 1822, empezaba así: «Por importantes que puedan ser los intereses que se discuten en Verona, en el presente estado del mundo ninguna cuestión relativa a Europa continental puede ser más inmediata y vitalmente importante para Gran Bretaña que las que se refieren a América», esto es, a las colonias españolas emancipadas.

En público, sin embargo, Canning jugaba una carta diferente, tanto para presionar a los franceses como para congraciarse con la opinión pública británica, que era hostil a una intervención militar de la Santa Alianza en España. Hacía discursos amenazadores, dejaba entender que estaba dispuesto a ir a la guerra (mientras le escribía a Wellington que no iban a intervenir, «pasara lo que pasara») y manifestaba su simpatía por los españoles (mientras el rey Jorge IV y algunos ministros animaban a los franceses a aplastar la revolución española y Wellington les daba consejos prácticos para hacerlo). La estrategia de Canning consiguió que los franceses le garantizaran lo que quería: que no se atacaría Portugal,



que no habría interferencias en América del Sur y que la ocupación de España no sería permanente. Unos meses más tarde, al defenderse de quienes le acusaban de no haber procurado evitar la invasión francesa, Canning confesaría que lo único que le importaba eran los tres puntos que había planteado a los franceses, de modo que una vez que los hubieron aceptado no tuvo inconveniente en asegurarles que permanecería neutral. Más tarde, en diciembre de 1826 —enfermo, casi agonizante—, reivindicaría orgullosamente sus triunfos con estas palabras: «Decidí que si Francia tenía España, no sería España “con las Indias”. Llamé a la existencia al Nuevo Mundo para enderezar el equilibrio en el Viejo».<sup>28</sup>

Si en el caso de los ingleses podía haber cierta confusión debida al cambio de orientación política que implicaba la sucesión de Castlereagh por Canning, en el de los franceses la confusión procedía del hecho de que había dos políticas en juego simultáneamente. Villèle, el jefe de gobierno, se contentaba con mantener el ejército de observación en la frontera española, presionar a los liberales para que moderasen la constitución y ayudar a las partidas absolutistas que se habían levantado contra el gobierno de Madrid, lo que no impediría que, en el momento de invadir España, se alegraran las «provocaciones» españolas como una de las causas que lo justificaban —o, como diría Chateaubriand a Canning: el derecho a defenderse del «contagio moral».<sup>29</sup>

Al enviar a Verona —pasando por Viena, donde se realizaron unas reuniones preliminares— a su ministro de Asuntos extranjeros, el vizconde de Montmorency, Villèle le dio unas instrucciones claras y concretas: «1.º No entrar en *ninguna* discusión sobre los asuntos de España; 2.º si alguien forzaba esta discusión, declarar que Francia, como país más cercano a España y que estaba situado entre ésta y Europa, tenía el mayor interés en la tranquilidad de este reino y *se haría cargo de ella*, pero que de momento no veía ningún peligro real y que él (Villèle) no tenía la menor intención de enviar un ejército a España». Lo que convenía a Francia, dirá Villèle en sus memorias, era que se la dejase decidir por sí misma lo que hubiera de hacer en España y el momento en que, en todo caso, hubiera que hacerlo.<sup>30</sup>

Pero Montmorency, que había asistido antes de irse de París a una reunión de la sociedad secreta ultra de los Caballeros de la fe, de la que era el jefe, en que éstos se habían manifestado a favor de la intervención en España, no se atuvo a las instrucciones de su jefe de gobierno, sino que lo embrolló todo deliberadamente. Estaba, además, inquieto por motivos personales. Antes de convertirse en un cristiano devoto, Mathieu de

Montmorency había sido un hombre de vida libertina, amante de madame de Staël, y había abandonado a su esposa, Hortense de Luynes, quien, despechada, había hecho voto de castidad. Ahora que su marido había vuelto al buen camino, Hortensia se había hecho dispensar el voto de castidad por el Papa y, de pronto, esta mujer «de cuarenta y cinco años, fea, mal hecha y extremadamente vulgar» le perseguía incansablemente para reponerse de los años de abstinencia. El marido, temiendo que la mujer llegase a Verona y le pusiera en ridículo, tenía ganas de acabar lo antes posible y marcharse.

A propuesta de Metternich y de Nesselrode, Montmorency aceptó que la cuestión de España se discutiese en una reunión confidencial entre miembros de las cinco potencias, para presentar después el acuerdo al congreso, ahorrándose «largas e interminables discusiones». El ministro francés empezó el 20 de octubre presentando un papel en que hacía tres preguntas a las potencias: 1) qué harían si Francia rompía las relaciones diplomáticas con España; 2) qué apoyo darían a Francia si se veía obligada a declarar la guerra y, finalmente, 3) qué ayuda material prestarían en caso de que Francia la necesitara. Y acabó el 17 de noviembre exponiendo los casos en que Francia se podía ver obligada a intervenir militarmente en España, con lo cual obtuvo la firma, el 19 de noviembre, de un documento que determinaba aquellos casos en que las cortes aliadas (excepto Inglaterra, que se negó a adherirse) darían apoyo a Francia, «en la suposición de una guerra declarada o provocada por el actual gobierno de España». A la vez se proponía que las potencias remitieran sendas notas conminatorias al gobierno español a través de sus embajadores en Madrid y que, en caso de no recibir respuesta satisfactoria, retirasen a sus representantes.<sup>31</sup>

Cuando Villèle descubrió que Montmorency «se había dejado llevar a compromisos que no estaba autorizado a contraer», como era el del envío de la nota y la retirada de los embajadores (un gesto simbólico para los demás, pero un riesgo de conflicto para Francia, que era el único país que tenía a los españoles en su frontera), intentó detenerlo todo. Quería que se suspendiera el envío de las notas a Madrid, porque temía que una retirada de embajadores significase la guerra con España, y no estaba decidido a llegar tan lejos. El 25 de diciembre, en un consejo que presidía el rey —y al cual tanto Villèle como Montmorency acudieron con las respectivas cartas de dimisión preparadas— Luis XVIII apoyó al jefe de gobierno y Montmorency, que acababa de ser nombrado duque como recompensa por haber obtenido el apoyo de las potencias en Verona (an-

tes de que se conociera el compromiso de las notas), se apresuró a dimitir. Le sustituyó Chateaubriand, que le había escrito dos días antes diciéndole que rechazaría reemplazarle, pero que se «dejó convencer» de la necesidad de aceptar el ministerio tan pronto como se le ofreció.

El rey tenía una gran confianza en Villèle, que contaba también con el apoyo de su favorita, madame du Cayla, sin olvidar que el ministro se aseguraba la benevolencia de los miembros de la familia real proporcionándoles recursos para complementar una lista civil que no bastaba para cubrir sus considerables gastos.

Las relaciones de Zoé du Cayla, una mujer de gran belleza que tenía en aquel momento unos cuarenta años, con un Luis XVIII enfermo y achacoso —Wellington lo describe en estos días diciendo que «tenía un ojo más cerrado que el otro y la cabeza profundamente inclinada sobre el pecho»—, que se acercaba a los setenta años y que nunca había tenido fama de atleta sexual (el conde de Aranda ya había dicho en 1775 que se sospechaba que no era apto para la reproducción), no habrían pasado, según los contemporáneos, de «poner algunas flores en los últimos días de un monarca valetudinario». Es absurdo pensar, como hace una biógrafa reciente, que haya habido algún tipo de relación sexual entre ellos, ya que hacía muchos años que Luis era incapaz de tal cosa. A lo máximo que llega Vitrolles es a aceptar el rumor de que el rey, que era muy aficionado al tabaco, «había obtenido el favor de aspirarlo sobre el seno de madame du Cayla, como lo habría hecho sobre el corazón de una rosa». Lo más importante de esta relación, sin embargo, es que desde 1821 Zoé reemplazó a Decazes, progresivamente alejado de la corte, como la persona con la que el rey hablaba con franqueza, incluso de cuestiones políticas. Pero si bien nos consta que se dedicó a obtener favores para quienes solicitaban su ayuda, su influencia en el terreno de la política parece haber sido relativamente limitada.<sup>32</sup>

El 30 de diciembre el embajador ruso Pozzo di Borgo —a quien Chateaubriand consideraba como «el más falso y más malvado de los hombres»—, se entrevistó con Villèle con la intención de aclarar cuál era la posición francesa. El jefe del gobierno francés empezó mostrándose «convencido como todo el mundo de la necesidad de cambiar el estado actual de las cosas en España y de ahogar una revolución incompatible con la seguridad de Francia y con la de los otros estados», pero añadió que debía ir con cuidado antes de tomar unas medidas que podían significar el inicio inmediato de una guerra para la cual Francia no estaba preparada. Su situación era diferente de la de otras potencias que, al no tener

frontera común, no habían de preocuparse y podían retirar sus embajadores cuando quisieran. Todo se reduciría a esperar un poco más, forzando a los españoles a dar al gobierno francés un motivo razonable de ruptura.<sup>33</sup>

Villèle intentaba entre tanto persuadir a los españoles para que adoptasen unas modificaciones constitucionales que harían innecesaria la guerra. Se trataba de crear un senado de acceso restringido y un consejo de Estado consultivo nombrado por el rey. Y, sobre todo, de hacer que esos cambios constitucionales apareciesen como otorgados por el soberano. Lo malo era, para empezar, que el rey de España, que no entendía que eso de tener dos cámaras fuera bueno, no quería este tipo de cambios y le decía indignado a Martínez de la Rosa, cuando éste se lo proponía: «¿Dos cámaras, cuando no podemos con una...? ¡Jamás!». Los franceses, que consideraban que su propia forma de gobierno, la «monarquía a la carta», era un sistema intermedio entre el absolutismo y la «revolución», no querían en España ni el triunfo de «las cortes», que la pondría bajo la tutela de Inglaterra, ni el del absolutismo puro, que daría predominio a Rusia o a Austria, sino la adopción de un sistema como el suyo, con la idea de que esto ayudaría a mantenerla en su esfera de influencia.

Mientras tanto, sin embargo, los Caballeros de la fe presionaban al gobierno, y madame du Cayla, pasándose en pocas semanas al bando de los beligerantes, decidía ahora al rey en favor de la firmeza. Austria, Rusia y Prusia siguieron el procedimiento acordado: las notas se remitieron al gobierno de Madrid, que las recibió a principios de enero de 1823 y las contestó, el día 9, rechazando la intromisión con un tono de firmeza que no todos consideraban prudente. El 10 de enero abandonaban Madrid los embajadores de «las potencias del norte» y los franceses no tuvieron más remedio que retirar también el suyo ocho días más tarde. Sólo quedaba en Madrid el de Gran Bretaña que, para el servicio que hizo a los liberales españoles, más valdría que se hubiese ido.

El 28 de enero de 1823, al abrirse las sesiones parlamentarias, Luis XVIII hizo una declaración solemne: «Cien mil franceses, mandados por un príncipe de mi familia [...], están preparados para partir, invocando al Dios de san Luis, con el objeto de conservar el trono de España para un nieto de Enrique IV, preservar aquel viejo reino de su ruina y reconciliarlo con Europa». El 10 de febrero se presentaba a la cámara una demanda de autorización para negociar un empréstito de cien millones de francos, que se calculaba que era lo necesario para financiar la guerra —a la hora de la verdad costaría mucho más—. Los franceses consideraban, no obstante, que estas manifestaciones, y las preparacio-

nes militares que se estaban haciendo, no eran más que formas de presionar al gobierno de Madrid. Chateaubriand le diría al embajador de Inglaterra que «la alternativa violenta a la que se refiere el rey se entiende en un sentido *condicional*», y explicaría a los austriacos que todavía se estaban ofreciendo salidas al gobierno español.

Sabemos, en efecto, que hubo intentos tardíos de negociación que podrían haber evitado la invasión, de no haberlo impedido las disensiones internas de los liberales españoles, enfrentados en esos momentos en una guerra a muerte entre las facciones de «masones» y «comuneros». Las negociaciones no dieron fruto alguno y esa inmensa confusión, iniciada con la comedia de las equivocaciones del congreso de Verona —donde cada cual creía estar engañando a los otros y se engañaba a si mismo—, continuada con las conjuras en el seno del gobierno francés y acabada con el desconcierto total de la política española, tuvo como consecuencia final que el ejército francés atravesara la frontera española el 7 de abril de 1823, dando inicio a una operación de la cual no tardarían mucho en arrepentirse los mismos que la habían organizado.<sup>34</sup>

De este lado del Bidasoa, desde territorio español, un puñado de exiliados franceses esperaban a las tropas de Luis XVIII agitando la bandera tricolor de la revolución y cantando la *Marsellesa* para conseguir que los soldados de Angulema, que se suponía que habían sido trabajados por la propaganda clandestina de carbonarios y bonapartistas, se pasaran a la causa de la libertad. Al frente de ese pequeño pelotón se hallaba el coronel Fabvier, soldado de Napoleón y futuro héroe de la independencia griega, que había proyectado avanzar con sus hombres en medio del ejército de Angulema, contando con que encontraría oficiales comprometidos que ayudarían a hacer que los soldados les siguieran, ya que era consciente de que, una vez iniciada la invasión, esto no sería ya posible.

El tiempo que los soldados de Angulema esperaron en la frontera, mientras se seguía negociando con el gobierno español, perjudicó a Fabvier porque permitió a la policía francesa, que había descubierto las pistas de la conspiración, mover de las primeras filas a los regimientos menos seguros y apartar a los oficiales sospechosos. Le fallaron, además, tanto las ayudas prometidas por sus amigos franceses como el mínimo apoyo monetario que habría necesitado por parte de los españoles. De hecho, cuando vio que el gobierno español decidía huir hacia Sevilla, se dio cuenta de que no había mucha voluntad de resistencia.

El mismo Fabvier ha explicado cómo «la columna, integrada por 40 oficiales y 70 suboficiales y soldados, se puso en marcha con el fin de pasar

el río en Behobia, lanzarse en medio del primer cuerpo del ejército y convencerlo o morir [...]. Llegados al lugar por donde querían pasar el río, se encontraron con que la embarcación para cruzarlo, que pertenecía a España, había sido retirada y buscaron otra en vano. La columna se desplegó entonces, con la bandera y el águila en medio de un grupo de oficiales, sobre los restos del puente, a un tiro de pistola del ejército francés». De la otra parte del río, desde Francia, el mariscal de campo Vallin, veterano de las campañas de Napoleón, hizo llevar un cañón, pero Fabvier confiaba en que los soldados no dispararían e hizo que sus hombres se mantuviesen quietos, cantando la *Marsellesa*. Tres obuses causaron unos dieciocho muertos, entre franceses, italianos y españoles, y el grupo se desbandó. Entre las viejas lealtades y la seguridad de las pagas, los generales de Napoleón habían escogido ahora la paga. Al encontrarse solos, porque los ejércitos españoles se habían retirado, los refugiados franceses tuvieron que abandonar. Seis meses más tarde Fabvier desembarcaba en Grecia para luchar por su libertad.

Chateaubriand se apresuró a divulgar, exultante, que los soldados del rey habían disparado contra la bandera tricolor y sostuvo que «el cañonazo del Bidasoa ha [...] disipado bastantes fantasmas y destruido no pocas esperanzas».<sup>35</sup>

Hablemos, sin embargo, de fantasmas: de los fantasmas que dominaban la escena europea en estos años y que han sido los que han determinado lo ocurrido desde Verona hasta el Bidasoa. Fantasmagóricas eran las ilusiones que hacían creer a los franceses que no tenían problemas dentro de casa, sino que todo se debía al contagio de España, y que les llevaron a hacer una guerra cara, vergonzosa e inútil, pensando que con eso se acababan las amenazas revolucionarias, siendo así que la revolución tardaría sólo siete años en derrocar la dinastía y veinticinco en traer de nuevo la república y una profunda conmoción social. Fantasmagóricas también las conspiraciones internacionales volterianas que turbaban la mente de Alejandro I, el zar que desaparecería dramáticamente en 1825, sin enterarse de que aquello que amenazaba a Rusia era la suma de los efectos del despotismo político, el atraso económico y la servidumbre de los campesinos. Y no lo eran menos las ilusiones inmovilistas de Metternich, que estaba convencido de haber «restaurado» el viejo mundo para hacerlo durar largamente, y que lo vería hundirse a trozos en 1848, sin entender lo que ocurría. Como lo eran también las de Canning, que parecía el más sensato de todos, pero no lo era, ya que estaba sacrificando los intereses británicos en Europa a la ilusión del comercio y de las in-

versiones en las viejas colonias españolas de América: una ilusión que se hundiría dos años más tarde con el desastre de la crisis Baring.<sup>36</sup>

Es necesario que conozcamos estas cosas si queremos entender la política europea de estos años, porque sus dirigentes actuaron, no de acuerdo con el tipo de previsiones racionales que nosotros tendemos a atribuirles, sino movidos por temores irracionales, por ilusiones carentes de fundamento y por expectativas erróneas: por fantasmas mucho más que por razones.